

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

La crisis.



—A nosotros también nos dieron algunos disgustos los subalternos, ¿te acuerdas? Y hasta estuve yo para presentar la dimisión de marido. Pero me hice fuerte y seguí al frente del gobierno.
 —Sí, ó por lo menos te lo figuraste...
 —Y ahora ya no hay un teniente que te mire á la cara.
 —(¡Ay! ni un paisano.)

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Potaje de lentejas, por Juan Pérez Zúñiga.—La Lola y el novillero, por Fiacro Yrázoz.—Consejos literarios, por Simoes Delgado.—El Quin (conclusión) por Clarín.—Al señor conde de Romanones, por Rafael María Liern.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La crisis.—Gato escaldado.—¿Por qué está el arte en decadencia? (nueve viñetas).—El Quin (cuatro viñetas), por Cilla.—Rosario Pino, de fotografía.



DE TODO UN POCO

Nunca una desgracia viene sola. Además de la catástrofe del *Reina Regente*, que ha inundado de amargura el corazón de todos los españoles, ha caído el ministerio; y á la hora en que escribo estas líneas no se sabe con seguridad quiénes van á ser nuestros dulces mentores, ni si formará

parte del futuro gabinete el señor Becerra.

Entre el naufragio del crucero y las tribulaciones de D. Práxedes, nos hemos pasado la semana. Lo primero es digno de toda consideración y nos inspira profundísimo interés; cuanto á lo segundo, he de declarar en mi nombre, y el de varios amigos, que nos tiene enteramente sin cuidado.

No les sucede esto mismo á muchos caballeros que se nutren con el jugo de la política.

Desde que D. Práxedes presentó la dimisión, en clase de persona susceptible y digna, se han despertado las ambiciones y han reverdecido las esperanzas halagüeñas.

Hay una porción de gente, tonta de solemnidad, que aspira á ocupar puestos elevados en la administración pública; y á nuestra reunión del café venía antes un sujeto, diputado él y bruto él, que ahora se queda en casa hasta las cinco de la tarde, esperando que le llame Sagasta para ofrecerle una cartera.

La esposa del diputado, que es tan simple como él, se coloca en el balcón, con objeto de avisarle en cuanto vea llegar al hombre del recado.

—Nemesio—dice á lo mejor metiendo la cabeza por entre las dos hojas de la ventana,—preparate. Hacia aquí viene un caballero alto, con gabán color de pasa. Puede que sea Pablo Cruz.

—¿Á ver?—exclama D. Nemesio asomándose con precaución por detrás de su esposa.—¿Cuál dices?

—Aquel que pasa ahora por delante de la chocolatería

—No; no es Cruz. D. Pablo tiene mejor presencia y no usa bastón.

D. Nemesio se vuelve al sofá para empaparse, como él dice, en la Constitución del Estado, que lee y relea, á fin de no dar un tropezón cuando sea ministro.

Algunas veces la señora tiene que retirarse del balcón, obligada por una necesidad urgente, y cuando está más ocupada óyese llamar á la puerta.

—No abras, Rufina dice la esposa de D. Nemesio dirigiéndose á la doméstica.—Avisa antes al señorito para que se prepare y se asee.

Y D. Nemesio, al saber que llaman, corre al gabinete y se pone la levita, á fin de presentarse con cierto lujo ante el emisario del Sr. Sagasta.

Pero, en vez del emisario, entra un primo de D. Nemesio, que es segundo apunte de un teatro por horas.

—Vengo á haceros una visita—dice sentándose en el sofá.

—No, ahí no te sientes, que vas á arrugar la tela—exclama el futuro ministro.—Coge aquella silla, si es que vas á estar aquí

mucho tiempo, aunque probablemente tendrás que irte al comedor dentro de un rato.

—Pero ¿qué sucede?

—¡Ah! ¿No lo sabes? entra diciendo la esposa.—Pues que á éste le van á ofrecer una cartera.

—¡Caramba!

—Lo que oyes. Nos lo dijo en secreto la lavandera de Sagasta, que lo oyó en la cocina. Desde anteyer estamos esperando el aviso de la presidencia.

—¿Y no ha venido aún?

—Todavía no, porque se conoce que Sagasta estará estos días con la jaqueca, y hasta que se le quite no forma gabinete.

—Vamos á ver—dice de pronto D. Nemesio colocando la mano derecha sobre el hombro del segundo apunte.—¿Te conviene dejar el teatro?

—¡Anda, anda! Cuanto antes, mejor.

—Basta; no me digas más. En cuanto tome posesión, te colocó.

—Muchas gracias; no sabes el favor que me harías, porque aquello anda mal. Ayer tuvimos nueve duros y una peseta en las cuatro funciones, y además se nos fundieron dos bombas de luz eléctrica. Aparte de esto, yo no puedo sufrir á Gorrines, el bajo, y el mejor día salimos los dos de cabeza. Figúrate que anoche me olvidé de darle el loro que saca en *El ungüento amarillo*, y al verse en un apuro me tiró un florero desde la escena; yo estaba en la segunda caja de bastidores, y por poco me descalabro.

—Á ése le voy á dar un disgusto en cuanto yo sea ministro. Hemos de ver si esa es manera de tratar á mis parientes.

—Eso, eso.

—¿El no sabe que eres primo mío?

—Sí; pero dice que nunca saldrás de diputado anónimo.

—¿Ha dicho eso? Le voy á encansar por ataques á los poderes públicos... Oye, Pepa, ya que está aquí el primo, enséñale el gabán.

La esposa sale en busca de la prenda, y la pone ante los ojos del segundo apunte, diciéndole:

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿Has visto cosa más elegante? Mira qué forros.

—¡Magnífico! Es como uno que tiene el padre de la tripla.

—Como éste va á ser ministro—añade la esposa de D. Nemesio,—hemos creído prudente mandar hacer este gabán, y el viejo le puede servir para la oficina.

Quiera Dios que se resuelva pronto la crisis, á fin de que dejen de padecer los que esperan formar parte de la futura combinación, y se están metiendo en gastos de ropa, perfumes, dientes postizos y demás.

Luis Calçada.

POTAJE DE LENTEJAS

Á UN AMIGO CAPRICHOZO

Ayer en mi vecindad

me dijo Bartolomé:

—Ya que versifica usted

con tanta facilidad,

¿quiere usted hacerme el favor

de escribir unas *coplajas*

al potaje de lentejas?

Y le dije:—Sí, señor.

El complacerle es muy justo

y el favor es muy pequeño,

conque si tiene usted empeño,

lo haré yo con mucho gusto.

Dirán que la cosa es cosa

para inspirar poesía.

Pero es una tontería

decir semejante cosa.

¿Tienen límites las artes?

¡Nada de límites! ¡Ca!

¡Si la poesía está

como Dios en todas partes!

Haré, pues, sin cortadad

lo que pueda, sí, señor.

Y un millón de gracias por

lo de la facilidad.

Deja corderos y vacas

la gente en Cuarema y se

entrega al potaje de

lentejas con espinacas.

Comiéndolas se encanija cualquiera y hasta parece que el paladar se entamece y el vientre se desvencija. Que tienen hierro es probado, más yo no lo he conocido. ¡Por más que las he exprimido, ni un mal cerrojo han saltado! Lo que tienen las malditas son inquilinos oscuros que esconden sus cuerpos duros en las redondas garitas; y obligando á promiscuar si en la *vigilia* se cenan, las familias se condenan sin poderlo remediar. Aunque yo no debería por ellas incomodarme, porque no suelen sentarme bien de noche ni de día, ¡qué demontre! ante ese plato me pastro rendidamente, porque es un plato excelente y sobre todo barato, y sin versos rimbombantes, sino con pobres coplajas bendigo yo á las lentejas y á todos sus habitantes.

¿Se merecen tal honor?
 ¡Qué se le han de merecer!
 Las bendigo para ver
 si así me sientan mejor.
 ¿Lo conseguiré? Quizás.
 En fin, aquí pongo punto,

y agotado ya el asunto
 no me queda que hacer más;
 pues yo he dicho lo que sé
 del potaje consabido,
 y usted ha quedado servido,
 señor don Bartolomé.

Juan Pérez Zúñiga.

LA LOLA Y EL NOVILLERO

AL ILUSTRE POETA CÓMICO D. EUSEBIO BLASCO

(Parodia de una escena de su drama «Juan León».)

Lola. ¡Ven y no seas lila!
 ¡Ven y no te achares
 y toca las palmas y dile á Eluterio
 que traiga mollate.

El nov. ¿Pero es que tú pagas?
Lola. Pues qué, ¿no lo sabes?
 ¡Cualquiera, al oírte, diría que sueles
 pagario otras tardes!

El nov. ¡Dispénsame, Lola,
 no quise faltarte;
 que yo te lo dije, na más, por si acaso
 no llevo bastante.

Lola. Asíentate y bebe
 y escucha y no hables,
 que voy á decirte, mu pronto y mu claras,
 la mar de verdades.

(El novillero se sienta y hace un movimiento
 como aquel á quien le duele algo.)

Toreando en el Puente
 te ví la otra tarde;
 te echaron un choto de dos á tres yerbas,
 quizás no llegasen,
 y á ti te entró una
 jindama tan grande
 que, al verle en la plaza, lo menos le vistes
 como un elefante.
 Ni aquello eran cuernos,
 ni aquello eran carnes,
 ni había morrillo, ni estampa, ni *piesses*,
 ni empuje, ni sangre...
 ¡y tú entre barreras,
 pensando en tu madre,
 sin irte al becerro, ni echarle un capote,
 ni darle dos lances!
 Me dió tal vergüenza
 tu falta de arranque,
 que, á ser yo muchacho, me lanzo á la arena
 más listo que el aire,
 te quito el capote
 con mucho carácter,
 te doy dos trompás, y luego te digo:
 —¡Aprende, cobarde!

El nov. ¡No sigas, Dolores,
 ve que eso es faltarme!

Lola. ¡Aguárdate un poco, que no he concluído,
 y escucha y no hables!
 Después de dos horas
 de bronca mu grande,
 mandó el presidente que fueses al bicho
 y tú... ¡que te calles!
 Al fin te *atrevistes*,
 haciendo coraje,
 y fuistes al toro, te *abristes* de capa,
 y al verlo delante
salistes huyendo,
 y el bicho en su viaje
 te dió dos puntazos en... vamos, en... ¡vamos,
 que no pués sentartel
 Tendido de bruces
 te vimos las carnes,
 muy sucias, por cierto (lo cual que demuestra
 que no te *lavastes*),
 y en una camilla,
 sirviendo de catre,
 sin más que un rasguño, de puro *canguelo*
salistes á escape.
 ¿Y tú eres el mozo
 que quiere casarse?
 ¿Y tú eres el chulo que tanto presume
 por plazas y calles?
 ¡Pues, hijo, te luces!
 ¡Y para ese viaje,
 no pierdas el tiempo conmigo en quererte,
 que ya llegas tarde!

El nov. (Queriendo comprimirse.)
 ¡No sé qué decirte!
 ¡No sé cómo hablartel!

¡Me achicas, me *azaras*, me atontas, me aturdes
 con ese lenguaje!
 ¿Es que otro te quiere?
 ¿Es que otro te *atrasa*?
 ¡Pus dño, Dolores, que tal vez un día
 llorando me llames!
 ¿El qué, so *haceras*?
 ¿El qué he de llamarte?
 ¡Ya ves si soy franca! ¡Por eso contigo
 no quiero casarme!

Lola.

Fuero Tráizoz.

CONSEJOS LITERARIOS

Eres un atún, Perico,
 mas no por eso te apures,
 porque, como tú, colean
 muchas docenas de atunes,
 que entre las olas del arte
 saltan, se agitan y bullen,
 y hasta suben muchas veces
 donde las personas suben.
 Habla con voz campanuda
 para que todos te escuchen,
 dando á entender que desdeñas
 lo que los demás producen.
 Busca por todos los medios
 periodistas que te ayuden

llamándote en los diarios
 insigne, eximio ó ilustre;
 da banquetes los domingos
 ó recepciones los lunes,
 y aunque tú no escribas nada
 haz que la prensa lo anuncie.
 Que el público, un desgraciado
 que lo que le dan engulle,
 te tendrá por cosa grande
 y ensalzará tus virtudes,
 y admirará tu talento
 aunque modesto lo ocultes,
 ¡y tendrás más importancia
 de la que tú te figures!

Sinesio Delgado.

GATO ESCALDADO...



—El caso es que yo tengo que hacer un artículo sobre la mala calidad de los comestibles, pero... ¡y si se enfadan los del gremio y vienen y nos rompen la cristalería?

¿Por qué está el arte en decadencia?



—Porque á los maletas les dan mil duros por corrida, y á los que tenemos corazón y mano izquierda nos sueltan catedrales con cuernos.



—Porque los autores se empeñan en no repartirme damas jóvenes, y las niñas pitongas del Conservatorio no saben decir «amor mio» ni poner los ojos en blanco.



—Porque lleva uno sus cuadros á los cafés, metidos en color y acabaditos de dibujo, y no le dan á uno más de dos pesetas y treinta y cinco céntimos.



—Porque le hace usted al público un trezado sobre las puntas de los pies, y se queda como si le rascara usted las narices.



—Porque hace usted un libro de versos dedicados al sol, al mar, á Elvira y á otras cosas notables, y ni Elvira, ni el sol, ni el mar tienen curiosidad por saber lo que usted les ha dicho.



—Porque ya no hay quien se atreva á recitar veinticuatro décimas seguidas sin tomar aliento.



—Porque se sale á la pista montando á la alta escuela, se hace pasar al caballo por dos aros de fuego... y no aplauden ni los niños de cuatro meses.



—Porque las empresas no comprenden sus intereses y no me dejan romper los moldes...



—No será porque yo no procuro encauzar el gusto del público con mis atinadísimas observaciones.



El Quin.

(Conclusión.)

El Quin siguió á los mastines por la calleja oscura, sin saber á punto fijo adónde le llevaban, aturdido, lleno de remordimientos y repugnancia antes del pecado. Le zumbaban los oídos. Pero iba. Era la inercia del mal, de la herencia de mil generaciones de perros lascivos.

Desembocaron en los prados anchos iluminados por la luna, cubiertos por una neblina, recuerdo del diluvio según Chateaubriand, la cual, como una laguna de plata, inundaba el valle. Era sábado. Los mozos de todas las parroquias del valle cortejaban en las misteriosas oscuridades poéticas de las dos colinas que al Norte y al Sur limitaban el horizonte, junto á las alquerías escondidas en la espesura de castaños y robledales.

El *icuzá* prehistórico del aldeano celta resonaba en las entrañas de las laderas y bajo las bóvedas de los bosques, mezclándose con el canto del grillo la wagneriana exclamación estridente de la cigarra y el ladrido de los perros lejanos.

Jamás es la prosa del vicio grosero tan aborrecible como cuando tiene por escenario la poesía de la naturaleza.

En aquel valle, de silencio solemne que hacían resaltar los lamentos de los animales en vela, aquellos gritos como perdidos en la inmensa soledad callada de la tierra y el aire; en aquella extensión alumbrada con luz egípcia por la eterna romántica del cielo, ¿cuánto hubiera deseado el Quin alguna pasión casta, un amor puro... Pronto se enteró de lo que ocurría. Se trataba de una perra nueva que había llegado á una de aquellas parroquias rurales por aquellos días. La escasez de perras en la aldea es uno de los males que más afligen á la raza canina del campo; por una selección interesada, en las alquerías se proscriben el sexo débil para la guarda de los ganados y de las casas; y al perro más valiente le cuesta una guerra de Troya el más pequeño favor amoroso, por la competencia segura de cien rivales.

Pero aquellos mastines hicieron comprender al Quin aquella noche, con datos de observación, que menos racionalmente obraban los hombres. Al fin, los perros se atacaban, se mordían para conquistar una hembra, ó por lo menos alcanzar la prioridad de sus favores; pero los mozos de la aldea, que gritaban *¡icuzá!* y, como los perros, atravesaban los prados á la luz de la luna, y se escondían en las cañadas sombrías, y daban asaltos á los hórreos y paneras en mitad de la noche, ¿por qué se molían á palos y se

daban de puñaladas con navajas barberas y disparaban *ad vultum tuum* cachorillos y revólveres? Por el amor de la guerra; porque, pacíficamente, hubieran podido repartirse las zagalas casaderas, que abundaban más que los zagales y no eran tan recatadas que no echaran la persona (galanteo redicho, conceptuoso, á lo galán de Moreto) con diez ó doce en una sola noche, á la puerta de casa, á la luz de las estrellas, como Margarita la de Fausto, menos poéticas, pero más provistas de armas defensivas de la virginidad putativa, gracias á los buenos puños.

Si; los hombres, como los perros, hacían del valle poético, en la noche del sábado, campo de batalla, disputándose en la soledad la presa del amor. La diferencia estaba en que las aventuras perrunas llegaban siempre al matrimonio consumado, aunque deleznable y en una repugnante poligamia, mientras los deslices graves eran menos frecuentes entre mozos y mozas.

Al amanecer, jadeante, despeado, con una cuarta de lengua fuera, la lana mancillada por el lodo de cien charcos, el Quin llegó á la puerta de la granja en que descansaba su amo, arrepentido de delitos que no había cometido, con la repugnancia y el dejo amargo de placeres furtivos que no había gustado. Traía la vergüenza de la bacanal y la orgía, sin la delicia material de sus voluptuosidades. La perra dichosa, tan disputada por ochenta mastines aquella noche, había repartido sus favores á diestro y siniestro; pero la timidez, la frialdad del Quin no habían sido elementos á propósito para fijar un momento la atención de aquella Mesalina de caza, porque era de caza.

En fin, nuestro héroe volvió á la puerta de su amo sin haber conocido perra aquella noche, y en cambio humillado por las patadas y someros mordiscos de otros perros, que le habían creído rival y le habían maltratado.

Pero faltaba lo peor. Sindulfo, el dueño, más querido que todas las perras del mundo, había desaparecido. Se había ido de pesca antes de amanecer. El Quin no sabía adónde. Esperó todo el día á la puerta de la granja, y el amo no pareció. Ni de noche vino



Al día siguiente supo el Quin que un recado urgente de la ciudad le había hecho abandonar su proyectada estancia en el campo y volverse al almacén, donde era indispensable su presencia. Más

supo el perro: el casero de Sindulfo, el aldeano que llevaba en arriendo sus cuatro terrones, se había enamorado del buen carácter del animal, y había replicado a Sindulfo que se lo dejara en la granja, ya que él no tenía perro por entonces. Y el *Quin*, en calidad de comodato, estaba en poder de aquellos campesinos.

Toda la extensión del ancho valle le pareció un calabozo, una insostenible esclavitud.

El era humilde, obediente, resignado; pero aquella ingratitud del amo no podía sufrirla. ¡Cómo! ¿el destino enemigo le castigaba tan rudamente el primer desliz? ¡Sólo por una tentativa, casi involuntaria, de crápula pasajera, le castiga encima el tremendo azote de quedaras sin el amparo del único real cariño que tenía en el mundo! Y pensaba el *Quin* que esta forma toman los más exquisitos favores de la gracia; que los deslices de los llamados a no tenerlos tienen pronta y aguda pena, para que el justo no se habitúe al extravío.

Tomó vientos, y con la nariz abierta al fresco Nordeste, como hubiera hecho Ariadna á ser podenco, el *Quin*, huyendo de la alquería á buen trote, buscó el camino de la ciudad y llegó á su casa de las afueras en pocas horas.

No le recibió de buen talante Sindulfo, aunque orgulloso del apego del perro á su persona y de la hazaña del viaje; pero el *Quin* tuvo que volver á la aldea, porque la palabra es palabra, y el préstamo del perro había de cumplirse. No se rebeló el humilde animal. Ante un mandato correcto y terminante, ya no se atrevió á invocar los fueros de su libertad.

El cariño le ataba á la obediencia. Aquel amo lo había escogido él entre todos. Era el amo absoluto. Lloró á su modo la ingratitud y la pagó con la lealtad, viviendo entre aquellos groseros campesinos que le trataban como á un villano mastín de los que daba la tierra.

Al principio la vida de la aldea, con su prosa vil de corral, le repugnaba; pero poco á poco empezó á sentir, como nueva cadena, la fuerza de la costumbre. Empezó á despreciarse á sí mismo al verse sumirse, sin gran repugnancia ya, en aquella existencia de vegetal semoviente.

Y ¡horror de los horrores! empezó á perder la memoria de la vida pasada, y con ella su ideal: el cariño al amo. No fué que dejara de quererle, dejó de acordarse de él, de verle, de sentir lo que le quería; velo sobre velo, en su cerebro fueron cayendo cenales de olvido; pero olvidaba... las imágenes, las ideas; desapareció la figura de Sindulfo, el concepto amo, el de ciudad, el de aquellos tiempos. Perro al fin, el *Quin* no era ajeno á nada de lo canino, y su cerebro no tenía fuerza para mantener en actualidad constante las imágenes y las ideas. Pero le quedó el dolor de su desencanto; de lo que había perdido. Siguió padeciendo sin saber por qué. Le faltaba algo, y no sabía que era su amo; sentía una decepción inmensa, radical, que entristecía el mundo, y no sabía que era la de una ingratitud.

¡Quién sabe si muchas tristezas humanas, que no se explican, tendrán causas análogas! ¡Quién sabe si los poetas irremediablemente tristes serán ángeles desterrados... del cielo... y sin memoria!

El *Quin* se amodorraba; como no tenía el recurso de hacerse simbolista, ni de crear un sistema filosófico, ni una religión, se dejaba caer en la sensualidad desabrida como en un pozo; escogía la forma más pasiva de la sensualidad, el sueño; siempre que le dejaban, estaba tendido, con la cabeza entre las patas. Y con la paciencia de Job, un Job sin teja, miraba las moscas y los gusanos que se emboscaban en sus lanas, sucias, largas, desaliniadas, lamentables.

Y así pasó mucho tiempo. Era el perro más soso del valle. No vivía para afuera ni para adentro; ni para el mundo ni para sí. No hacía más que dormir y sentir un dolor raro.

Una tarde, dormitaba el perro de lanas sobre la saltadera del muro que separaba la *corrada* de la *llosa*, por entre cuya verdura de maíz iba el sendero, que llevaba á la carretera, haciendo esas. Por allí se iba á la ciudad, y el *Quin* despertó mirando con ojos entreabiertos la estrecha cinta de la trocha, según instintiva costumbre, sin acordarse ya de que por allí había marchado el ingrato amigo.

De repente, sintió... un olor que le puso las orejas tiesas, le hizo erguir la cabeza, gruñir y después lanzar dos ó tres ladridos secos, estridentes, nerviosos. Se puso en pie. Oyó un rumor entre el maíz. ¡Aquel olor! Oía á una resurrección, á un ideal que despertaba, á un amor que salía del olvido como un desenterrado... Al olor siguió una voz... El *Quin* dió un salto... y en aquel instante, allá abajo, á los pocos metros, apareció Sindulfo, con un pantalón canela todavía.

De un brinco el *Quin* se arrojó de la pared sobre su amo; y en dos pies, con la lengua flotando al aire como una bandera, se puso á dar saltos como un clown para llegar á las barbas ralas del dueño, que reaparecía, brotando entre las tinieblas del olvido, de latente dolor nostálgico.

¡Todo lo comprendía el *Quin*! ¡Aquello era lo que le dolía á él sordamente! ¡Aquella ausencia, aquella ingratitud, que ya estaba perdonando, en cuanto se hizo cargo de ella! ¡Perdonaba, ya lo creó! ¡Cómo no, si el ingrato estaba otra vez allí!

Saltaba el *Quin*, aullando tembloroso de delicia suprema...

Baltaba... y en uno de estos saltos, en el aire, sintió que, como con una sierra de agudísimos dientes, le cogían por mitad del cuerpo y le arrojaban en tierra. Mientras el lomo le dolía con ardor infernal, sintió que le oprimían el pecho y el vientre con dos patatas de fiero, y *¡tío*, espantado, sobre sus ojos le fax terrible de un enorme perro danés, gigante, que le enseñaba las fauces ensangrentadas, amenazando tragarle...



Acedió Sindulfo y libró á su pobre *Quin* de las garras de la muerte.

—¡Fuera, Tigre! ¡Malvado! ¡Habrás visto! ¡Son celos, ja, ja; son celos!

Cuando el *Quin* volvió de su terror y aturdimiento, se enteró de lo que pasaba. Ello era que con Sindulfo venía su nuevo amigo fiel, el *Tigre*, un perro danés de pura raza, fiero hermosa y terrible.

No consentía rivales ni enemigos de su amo, y al ver los extremos de aquel perenco de lanas, se había lanzado á defender á su dueño ó á librarle de curicias que á él, al *Tigre*, le ofendían.

¡Si; tal era la triste verdad. El *Quin* había hecho nacer en Sindulfo el amor genérico á la raza canina; el individuo ya le era indiferente; no podía vivir sin perro, y ahora tenía otro, al cual le unían lazos firmes y estrechos. ¡Cosa más natural!

Sindulfo acarició al *Quin*, le cató las heridas, que eran crueles; pero en el fondo estaba orgulloso y satisfecho de la hazaña del *Tigre*. ¡Qué celo el de su danés!

Aquella noche le pasó el *Quin* desesperado de dolor; con ascuas de fuego material en las heridas de sus lomos y fuego de un infierno moral en las entrañas de perro sensible.

¡Para esto volvía el recuerdo, para esto renacía la clara conciencia de la amistad perdida! No pudo resistir su pasión.

Se pasó la horrible noche rascando la puerta del cuarto de Sindulfo; y por la mañana, cuando la abrieron, saltó dentro de la alcoba con ímpetu loco, y, sin reparar en el lodo y la sangre de sus lanas miserables, se lanzó sobre el lecho en que aún descansaba el amo ingrato, saltando por encima del *Tigre*, que en vano quiso coger por el aire al intruso.

El *Quin*, tembloroso, casi arrepentido de su hazaña, se refugió en el regazo de su dueño, dispuesto á morir entre los dientes del rival odiado, pero á morir al calor de aquel pecho querido.

No hubo muertes; Sindulfo evitó nuevos atrapellos; pero aquella tarde dejó la aldea, se volvió á la ciudad con el *Tigre*, y se despidió del *Quin* con tres palmadas y prohibiéndole que le acompañara más allá de la saltadera de la *corrada*.

Y el *Quin*, herido, maltrecho, humillado, los vio partir, al amo y al perro favorito, por el sendero abajo, camino de la carretera, de la ciudad, del olvido...

Era la hora del *Angelus*; en una capilla que había al lado de la granja se juntaba la gente de la aldea á rezar el rosario. Iban los campesinos entrando en el templo, sin fijarse en el *Quin* y menos en sus penas.

El perro de lanas, cuando perdió de vista al ingrato, dejó su atalaya, anduvo un rato aturdido, y al oír el rumor de la oración en la capilla, atravesó el umbral y se metió en el sagrado asilo. No entendía aquello; pero le oía á consuelo, á último refugio de espi-



ritus buenos, doloridos... Mas cuando sentía estas vaguedades, sintió también una grandísima patada que uno de los fieles le aplicaba al cuarto trasero para arrojarlo del recinto.

«Es verdad», pensó; saliendo de prisa sin protestar.

«¿Qué hago yo ahí? Lo que los perros en misa. Yo no tengo un alma inmortal. Yo no tengo nada.» Y volvió á su atalaya, en adelante inútil, de la saltadera, sobre el muro que dominaba el sendero, el sendero de la eterna ausencia.

No pudiendo con el peso de sus dolores, se dejó caer, más muerto que echado. Oscurecía; el cielo plomizo parecía desgajarse sobre la tierra. Metió la cabeza entre las patas y cerró los ojos... Para él no había religión, para él no había habido amor; había despreciado la vanidad, la ostentación; se había refugiado en el afecto tibio, sublime en su opaca luz, de la amistad fiel... y la amistad le vendía, le ultrajaba, le despreciaba...

Y para colmo de injurias, volvería la condición de su cerebro, de su alma *perruna*, á traerle el olvido rápido del ideal perdido... y le quedaría el dolor sordo, intenso, sin conciencia de su causa...

¡Pobre *Quin!* Como era un perro, no podía consolarse pensando que, con eso y con todo, á pesar de tanta desgracia, de tanta miseria, sólo por haber sido humilde, leal, sincero, era más feliz que muchos *reyes* de los que más ruido han hecho en la tierra.

Finis.

Clarín.



Al señor

CONDE DE ROMANONES

¡EUREKA!

Confesar es necesario que los chicos de la prensa en Madrid tenemos una importancia de primera. Yo no soy precisamente un chico, que á la hora ésta estoy próximo á cumplir sesenta y tres primaveras. Los sesenta y dos inviernos ya me los tragué; la fecha no es para echarla de mozo, aunque mientras no envejezca el alma, que aún brilla ardiente en el vaso que la encierra puedo presumir de joven. Casi lo soy, y la prueba está en que todos los días paso diez horas enteras dale que dale á la pluma, sin que jamás la cabeza, ya de trabajar curtida, se me canse ni me dacla. Bien es verdad que lo que en esas diez horas echa no es para cansar á nadie, pues, reducida y pequeña, da bien pobre contingente. Constantemente chorrea, porque da gota á gotita el líquido que hay en ella. Pronto una balsa se agota, el manantial no se seca. Poco á poco de mi balsa voy gastando lo que resta. Las que no se agotan son las grandes inteligencias, pero las chicas, en cuanto se las exprime y aprieta, hacen como las esponjas: dan con la presión primera mucha agua, y con la segunda también—si se da con fuerza,—pero ya ni cuatro gotas despiden con la tercera. Claro es que si nuevamente se mojan, de agua se llenan; pero el cerebro, una vez estrujado... así se queda, hecho un estropajo seco que ni gota de agua suelta. Pues decía al empezar este romance, con cierta vanidad, que el periodista deja sentir su influencia sobre las autoridades que de proteger se precian

ROSARIO PINO



Actriz del Teatro Lara.

el ornato y á los pueblos que administran y gobiernan. Ayer, estimado Conde, ayer... ¡oh grata sorpresa! ¡Ayer! De júbilo el alma se extasia y se enajena y á describir su entusiasmo

la torpe pluma no acierta. ¡La he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra! La he visto, no tengo duda, y en su sitio y muy bien puesta. Porque ayer... si es que no puedo, si se me traba la lengua.

Ayer pasé por la villa y la vi en su sitio, quieta. ¡Ha parecido la A! la famosísima, aquella que me inspiró una revista denunciando á Su Excelencia la fuga de la vocal,

por la que quedó incompleta la inscripción del gran *Don Amaro de Buzán*, que en la plazuela de la Villa su valor y sus hechos nos recuerda. ¡Pareció por mi denuncia! Aun faltando á la modestia, creo que sí; doy por ello miles de gracias sinceras al egregio Conde; así la educación me lo ordena,

y además la simpatía que en mi corazón despierta. Más ¡oh dolor, oh dolor! ¡No hay alegría completa en este valle de lágrimas! Ya está en su sitio la letra, pero... no han medido bien y ha resultado pequeña! ¡Es enano, muy enano! ¡Le falta un pico en la cresta!

Rafael María Liern.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. L. L. D.—Tiene gracia el cuento, pero la base es de mal gusto. *Uno que adora á Fernanda*.—¡Cristo, qué manera de versificar! No se me ocurre otra cosa que decirle á usted que el grito de moda. ¡Atrás, paisano, porque supongo que será usted paisano.

Sr. D. B. de O.—Sí, señor, me gustó y la preparé para la imprenta, pero se me ha traspapelado. En la primera ocasión mándemela de nuevo. De las de hoy no puedo aprovechar nada.

Nasce te ipsum.—Ambas cosas tienen el único defecto de que no dicen nada. Se agradecen sus buenos deseos que, como habrá visto ya por los periódicos, no se han cumplido en una parte.

D. Lirio.—¡Por Dios! ¡Todavía versos á ella!

Sempronio.—Vulgares las tres menudencias.

Un servidor de usted.—Muy señor mío. ¿Á que no sabe usted de qué pecan esas cuchufletas? ¡De inocentes! Y eso que la inocencia no debía ser pecado, ¿verdad?

Chupilla.—¡No! eso no merece quedarse inédito:

«Una vez que yo me fui al campo
¡Caramba qué vien
pues me estuve en el tío Vivo
y al dulce vaiven
me decía la mar de ternezas
doña encarnacion
y la lize paga el tío vivo
y me llamó gorrón.»

¡Y dicen que la poesía está llamada á desaparecer! ¡Qué ha de estar llamada!

Sr. D. A. D.—Ni nuevo, ni bien versificado, á Dios gracias.

Sr. D. G. A. G.—Por mí desdicha, no puedo utilizar nada.

Sr. D. F. A. L.—No está mal de forma, pero el cuento es demasiado conocido. Por lo menos hace muchos años que yo lo sabía de memoria.

Pedófilo.—Completamente serio.

Sr. D. A. T. F.—Tienen una falta común. La falta... de novedad y de gracia.

Cush.—¿Me va usted á perdonar el calificativo? Pues el soneto resulta un poquito cursi.

Sr. D. S. G.—Libre á usted Dios de los asuntos anodinos, que hacen malgastar mucho tiempo.

El hermano de Pepa.—No le choque á usted, porque cada semana se

reciben cien cartas próximamente, y por fuerza han de quedar sin contestación más de la mitad. Se conoce que, sin querer yo, le ha tocado á usted la china.

D. Móstenes.—¿Usted dice que tiene mucha sal y pimienta? Pues basta que usted lo diga, ¡qué demontre! Yoy á insertarla inmediatamente:

«Aficionadillo al vino
era el amigo Pedro
que vestía de verano
siendo el rigor del invierno.
Y un día le dije: Pedro
¿dónde vas tan campechano y tan fresco?
Y me respondió el tuitante
Voy abrigadito por dentro.»

¡Pumba!—Lo malo es que no era aquello sólo lo que tenía el soneto. Lo malo es... que no tiene compostura de ninguna clase. El nuevo casi es peor todavía.

El boticario del 120.—Como usted comprende, no se puede dar nada más cándido. Así se harán las composiciones festivas del año 34 y primera mitad del 35.

Sr. D. T. A. de C.—Se publicará la última.

Vroblevski.—¡Ay, ay, ay! ¡qué medianito es ese romance!

Sr. D. M. J. M.—Se publicará, con permiso de Martínez Campos.

Cizañita.—No es fácil poner á ustedes en relaciones, porque á estas horas ni me acuerdo quién me lo preguntaba ni de dónde era, ni si me lo preguntaba de veras efectivamente.

Paul.—El soneto es bastante medianito. Y el verso *chabía con sin igual atrevimientos* es malo del todo. Porque... no es endecasílabo ni en sueños.

Mayo.—Queda usted perdonado, por haberse puesto de hinojos. Pero no lo vuelva usted á hacer.

Leocadio.—Ó tiene usted buen humor en cosas de poesía, ó le ha engañado esa tía que come con Campoamor.

P. Dante.—Vulgar el pensamiento y no muy cuidada que digamos la forma.

Un patriota.—Si viera usted qué pasados de moda están los versitos patrióticos! Y más ahora que andamos de capa caída.

Un sevillano.—Esos cantares, bien acompañados en la guitarra, puede que parezcan muy buenos; pero así, ellos solitos, no tienen nada de particular absolutamente.

Montegudo.—Cuando guste puede mandar á recoger la colección encuadrada. No se la envíe directamente por temor á averías.

Sr. D. C. S.—Completamente triste.

Fray Pitillo.—¡Valiente guasón está vuesa merced, reverendo padre!

Perimista.—No resulta gracioso el cuento por la inverosimilitud de la pregunta «¿cuáles son las obras del Espíritu Santo?», que hasta ahora no tiene más que frutos y dices.

Sr. D. C. P.—Está hecho con brío y la concisión necesaria. Pero el asunto es de un naturalismo casi repugnante y... hace verdadero daño. No hay que exagerar hasta ese punto las tendencias modernas, ¿usted me comprende?

Recuerdos.—¡Qué gracia tiene la primera! ¡Qué lástima que no pueda publicarse!

Hérra.—Romances malos harás, pero como ese ¡jamás!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 224.